

París arroja anualmente veinticinco millones al agua. Y cuenta que no hablamos en estilo metafórico. ¿Cómo y de qué manera? Día y noche. ¿Con qué objeto? Con ninguno. ¿Con qué idea? Sin pensar en ella. ¿Para qué? Para nada. ¿Por medio de qué órgano? Por medio de su intestino. ¿Y cuál es su intestino? La alcantarilla.

Veinticinco millones, tal es el más moderado de los guarismos aproximativos que dan los cálculos de la ciencia especial.

La ciencia, después de haber andado á tientas por mucho tiempo, sabe hoy que el más fecundo y eficaz de los abonos es el humano. Los chinos, digámoslo para nuestra vergüenza, lo sabían antes de nosotros. Ningún labrador chino (así lo dice Eckeborg) vuelve de la ciudad sin traer, en los dos extremos de su bambú, dos cubos llenos de lo que nosotros llamamos inmundicias. Merced al abono humano, la tierra está aún en China tan joven como en tiempo de Abraham. El trigo chino da hasta ciento veintiocho granos por uno. No hay guano comparable en fertilidad al *detritus* de una capital. Una gran ciudad es el mejor de los estercoleros. Em-

plear la ciudad en abonar la llanura, sería asegurarse un éxito infalible. Si nuestro oro es estiércol, en cambio nuestro estiércol es oro.

¿Qué se hace de ese oro-estiércol? Se le arroja al abismo.

Envíanse con grandes costos convoyes de buques para recoger en el polo austral el excremento de los petrelos y pingüinos, y se tira al mar el incalculable elemento de opulencia que se tiene cerca de sí. Todo el abono humano y animal que el mundo pierde, devuelto á la tierra en vez de echarlo al mar, bastaría para alimentar el mundo.

Esos montones de inmundicias de las esquinas y guardacantones; esos carros de basura que se zaholotean por la noche en las calles; esos horribles toneles del muladar; esos fétidos arroyos de fango que el empedrado oculta, ¿sabéis lo que es? Es la pradera florida, la hierba verde, el sérpol, el tomillo, la salvia; es la caza, el ganado, el mugido de satisfacción de los bueyes por la tarde; es heno oloroso, trigo dorado, pan en vuestra mesa, sangre caliente en vuestras venas; es salud, alegría, vida. Así lo quiere esa creación misteriosa, que es la transformación en la tierra y la transfiguración en el cielo.

Devolved todo eso al gran crisol y saldrá de él vuestra abundancia. La nutrición de las llanuras forma el alimento de los hombres.

Dueños sois de perder esta riqueza y de juzgarme además ridículo. Será la obra maestra de vuestra ignorancia.

La estadística ha calculado que Francia sola vierte todos los años en el Atlántico, por boca de sus ríos, quinientos millones. Con estos quinientos millones, notadlo bien, se cubriría la cuarta parte de los gastos del presupuesto; y, sin embargo, es tal la habilidad del hombre, que prefiere desprenderse de

ellos, regalándolos al arroyo. La substancia misma del pueblo, aquí gota á gota, allá á oleadas, se la llevan tras de sí ese miserable derramamiento de nuestras alcantarillas en los ríos, y ese gigantesco desagüe de nuestros ríos en el Océano. Cada hipo de nuestras cloacas nos cuesta mil francos. Dos son los resultados: la tierra empobrecida y el agua apestada. El hambre saliendo del surco y la enfermedad del río.

Sábese hoy, á no dudarlo, que el Támesis envenena á Londres.

En cuanto á París, ha sido preciso en estos últimos tiempos hacer que la mayor parte de las alcantarillas río abajo desemboquen por el último puente.

Un doble aparato tubular, provisto de válvulas y esclusas, aspirante y expelente, un sistema de drenaje elemental, sencillo como el pulmón del hombre y que funciona ya en varios pueblos de Inglaterra, bastaría para traer á nuestras ciudades el agua pura de los campos, y llevar á nuestros campos el agua rica de las ciudades, y de este modo aprovecharíamos los quinientos millones que se tiran. Se piensa en otras cosas.

El procedimiento actual perjudica queriendo beneficiar. La intención es buena, pero el resultado es triste. Créese purificar la ciudad y se enferma á los habitantes. Una alcantarilla es una equivocación. Cuando en todas partes el drenaje, con su doble función, restituyendo lo que toma, haya reemplazado la alcantarilla, simple lavado empobrecedor entonces, combinándose esto con los datos de una nueva economía social, el producto de la tierra será décuplo y el problema de la miseria se atenuará considerablemente. Añádase la supresión de los parasitismos y quedará resuelto.

Entretanto, la riqueza pública se marcha al río y

la merma sigue. La merma, sí. Europa se arruina por consunción.

Hemos dicho lo que pierde Francia. Ahora bien; conteniendo París la vigésima quinta parte de la población francesa total, y siendo el guano de París el más rico de todos, no se llega todavía al guarismo verdadero, evaluando en veinticinco millones la parte que corresponde á la capital, en los quinientos que Francia desecha anualmente. Estos veinticinco millones, empleados en socorros y en goces, doblarían el esplendor de París. La ciudad los consume en cloacas. Así, puede decirse que la gran prodigalidad de París, sus maravillosos festejos, sus locuras de Beaujon, sus orgías, su oro derramado á manos llenas, su fausto, su lujo, su magnificencia, es su alcantarilla.

De esta suerte, en la ceguedad de una mala economía política, se anega y deja arrastrar por la corriente y perderse en los abismos del Océano el bienestar de todos. Convendría que hubiese redes de Saint-Cloud para la riqueza pública.

Económicamente, el hecho puede resumirse así: París, maniroto.

París, esa ciudad modelo, patrón de las capitales bien construídas y de la que cada pueblo procura tener una copia, metrópoli de lo ideal, augusta patria de la iniciativa, del impulso y del ensayo, centro y mansión de las inteligencias, ciudad-nación, colmena del porvenir, admirable mezcla de Babilonia y de Corinto, hace, bajo el punto de vista que acabamos de considerar, encogerse de hombros á un labrador de Fo-Kian.

Imitad á París y os arruinaréis.

Por lo demás, particularmente en ese despilfarro inmemorial é insensato, el mismo París imita.

Esas sorprendentes ineptias no son nuevas; la

necedad en el presente caso viene de muy atrás. Los antiguos obran como los modernos. «Las cloacas de Roma, dice Liebig, han absorbido todo el bienestar del la brador romano.» Cuando la campiña de Roma fué arruinada por la alcantarilla romana, Roma agotó los recursos de Italia, y una vez vaciada Italia en su cloaca, ejecutó lo propio con Sicilia, Cerdeña y Africa. La alcantarilla de Roma se ha tragado el mundo. Esa cloaca ofrecía sus tragaderas á la ciudad y al universo. *Urbi et Orbi*. Ciudad eterna. Albañal insondable.

En estas, como en otras cosas, Roma da el ejemplo, y París lo sigue, con la tontería propia de las ciudades de talento.

Para las necesidades de la operación de que hemos hablado, París tiene debajo de sí otro París. Un París de alcantarillas, con sus calles, encrucijadas, plazas, callejuelas sin salida; con sus arterias y circulación, que es fango, faltando sólo la forma humana.

Porque no debe adularse á nadie, ni siquiera á un gran pueblo. Donde hay de todo, se encuentra la ignominia junto á la sublimidad; y si París contiene á Atenas, la ciudad de las luces; á Tiro, la ciudad potente; á Esparta, la ciudad virtuosa; á Nínive, la ciudad de los prodigios, contiene también á Lutecia, la ciudad de cieno.

Por otra parte, el sello de su poder está también allí impreso; la titánica sentina de París realiza, en medio de los monumentos, ese ideal extraño realizado en la humanidad por algunos hombres, tales como Maquiavelo, Bacon y Mirabeau: lo grandioso abyecto.

El suelo subterráneo de París, si la vista pudiera penetrar su superficie, presentaría el aspecto de una madrepora colosal. La esponja no tiene más boquetes

y pasillos que el pedazo de tierra, de seis leguas de circuito, donde descansa la antigua gran ciudad. Sin hablar de las catacumbas, que son una bóveda aparte; sin hablar del confuso enverjado de las cañerías de gas; sin contar el vasto sistema de tubos que distribuyen el agua á las fuentes públicas, las alcantarillas por sí solas forman, en las dos riberas, una prodigiosa red subterránea; laberinto cuyo hilo es la pendiente.

Allí se descubre en la húmeda niebla al ratón, que parece el producto del parto de París.

II

LA HISTORIA ANTIGUA DE LA ALCANTARILLA

Si imaginamos á París levantado como una tapa la red subterránea de las alcantarillas, vista á vuelo de pájaro, bosquejará en las dos orillas una especie de tallo grueso, injerto en el río. En la orilla derecha, el albañal del centro será el tronco de ese tallo, los conductos secundarios serán las ramas y los callejones sin salida las ramitas.

Esta figura es abreviada y no del todo exacta; pues el ángulo recto, que es el ángulo habitual de este género de ramificaciones subterráneas, es muy raro en la vegetación.

Nos formaremos una imagen más adecuada de este extraño plano geométrico, figurándonos ver en el suelo, sobre un fondo de tinieblas, algún extraño alfabeto oriental, en desorden, y cuyas letras disformes estuviesen soldadas unas con otras, como á la ventura, ora por sus ángulos, ora por sus extremidades.

Las sentinas y los albañales representaban un gran papel en la Edad media, en el bajo Imperio y en el antiguo Oriente. La peste nacía en ellos y los déspotas iban allí á morir. Las multitudes miraban casi con temor religioso esos lechos de podredumbre,